

Hay, entre el centro y el norte de la isla, un alto barranco donde habitan los elfos. Tejen, estos duendecillos, como un manto de leyenda sobre el ámbito estrecho de los murallones consagrados a la Madre del Creador, o quizás, con anterioridad, a la virgen de los aborígenes, algo así como la dedicación trascendente del Matriarcado, y del mundo femenino y puro, sobre todas las cosas bellas de la Tierra.

Bajo las montañas que suben desde el húmedo país de Valleseco hacia Cueva Corcho, se va descubriendo el abismo, pero aún los pastos estaban muy tiernos y brotaban poco cuando esto vimos por aquellas laderas en que la fría invernada se prolongaba como el brazo de un gigante lleno de musgo, hacia la tierna primavera, que trataba de escapar de su helado aliento.

Allá arriba los árboles tenían esas barbas verdes que el fuco arborescente había dejado en lamas, como las de un estanque vacío. Secos, sin hojas y, sin embargo, tan verde, pálidos de una ternura desvaída. Los nogales, en vez de la gloria de su ropaje heráldico, nos muestran el descarnado y mortuorio de estas capas de sepia extraídas de las aguas.

Pero el nivel de la marea bajó y a medida que por el camino bordeado de pinos, también castigados por la invernada, descendíamos al fondo impalpable de la cuenca de la Señora y Celestial Dama, el rojo del almagro era como un rastro de sangre que nos acompañaba hasta la sonoridad de las fuentes. Los pastores, las ovejas, el brillo de

LA ISLA

EL BARRANCO DE LA VIRGEN TEROR

las pizarras mojadas, los laureles agarrados a las rocas, la quebrada y el sol ponían lo demás, apareciendo entre nubes desflecadas por la lluvia en franca derrota.

La vegetación natural del primitivo archipiélago se agarra aún a las laderas pendientes y el aire sigue siendo el mismo, pero hasta en estos lugares agrestes -herida tierna en el corazón de la isla- el paisaje se humaniza. El Barranco de la Virgen es nada menos que la cuenca de protección de "las madres del agua" de la Heredad de Arucas y Firgas, algo así como el círculo cerrado por los hombres ante la actitud punzante de la ley, reacción natural de la protección de unos mantos lávicos sobre el almagro que no tenían otro camino que el almendro, el nogal y el pino para poner un valladar de rieles a la ambición de las perforadoras.

Más abajo los vemos: están apilados, y al lado, las yagonetas de hierro volcadas, en el reposo infinito que tienen las cosas cuando no se usan. Pero

las casas tienen esa perfección de las entidades sociales que guardan intereses poderosos y hasta el barranco es alisado, cimentado, conducido, para que no se "entulla", se porte correctamente en los inviernos y no produzca daños en las huertas que la misma heredad tiene cuidadas, a sus bordes.

No hay quizás un valle que cale más hondo en el alma con sus cuchillos de risco, poblados de helechos, su lenguaje técnico de aguas aprovechadas, de horas, minutos y segundos, entre huertas de perales que ahora están florecidos, perfectamente uniformados, recortados en Y griega.

Vamos ondulando por veredas que cruzan el agua una y otra vez, sobre las piedras. Los perros, los gañanes, las cuevas con signos de ser rediles bien cuidados, los asfodelos en algunas tierras muertas, en praderas que señalan el límite de los lugares habitados por el hombre. El está más abajo. Ellos rodean primero las obras: millones de pesetas que pasan por un canal, por un acueducto, y los pozos que jalonan como cestos de cemento, como guardianes de la propiedad hidráulica, el cauce, de vez en cuando. Y allá arriba, en los riscos, las señales blancas de los límites del mundo hidrológico:

—Aquello fue de Juan López y se lo vendió a la Heredad.

Más abajo está Valsendero, con su iglesia, sus casas de tejado, sus galerías muy pequeñas, sus ventanas cerradas, sus caminos agrestes, sus niños, sus soles y sus árboles. Las tierras de labor en aquel ensanche del barranco son simbólicamente el paso a la civilización. La tortilla de papas de la tierra, y el que Jordán de Urries haya cesado de recoger microhongos nos señalan el paso de la luz por el meridiano. Ahora las aguas van por un tajo estrecho y dejan a su derecha un paredón cuajado de gilbalberas, culantrillos y laureles y hay una cueva habitada que es en parte casa exenta y castillo medieval sobre las aguas del barranco verde.

Ya llegamos. En la mitad del curso del barranco todavía, pero es el encuentro final con lo que los hombres han profanado. Bajo la cascada, que con su delirio sonoro se precipita desde la altura entre pinos, hay abajo partidores, hierros, acueductos y, sobre todo, un terrible montón de botellas rotas.

Teror

Teror, la villa de la torre octogonal. Cien caracolas verdes anunciaron la llegada de una aurora que se adivinaba muy cercana al trópico del Cangrejo. La noche había sido negra como grupa de yegua sable, llena de un miedo indescriptible en la soledad del campo, los pasos por la carretera resonando





muy lejos, con los ladridos de los perros atenazando el silencio, destrozando su bóveda, y el chirrido de alguna lechuza en el ramaje de los dormidos eucaliptos. Pero mis ojos vivían de nuevo. Ya no adivinaba el camino. La luna había roto por un momento, con su ojo blanco, la paz de la noche y su pupila derramaba, en la acequia, como un néctar de azucenas. Pronto fueron enarboladas banderas grises con ribetes rojos y la luz del sol destiló naranjas en los cristales. Por los cercados la brisa mecía troncos de gusanos y lagartas verdes, rollizas, con los anillos del cuerpo bien marcados, la púa de la cola erecta y las tenazas para roer coles, dispuestas. En el pueblo entré por la cuesta del cementerio arriba. La alegría de la plaza silenciosa en los plátanos del Líbano, ante el palacio del Obispo, resonó en toda su pureza cuando las campanas la despertaron batiendo en las fuentes de los mil ruidos del día: en las galerías de las casas, en los patios donde el sol no llega, en los alpendres que giran al Oriente, bajo los árboles profusos de las cercanías. Crótalos recién lavados por el rocío sonaron en torno a la torre octogonal cuando el sol apuntó con su dedo a la cresta de piedra amarilla. Todo es sorpresa junto a los pinos cuando se anuncia el nuevo color de las cosas. La Virgen lo decreta: hoy las amapolas vestirán sus trajes de gala, rojos con el centro negro. En Osorio, la

alfombra de hojas caídas durante la noche no había sido hollada aún.

Cuando entré en la iglesia era la hora en que el loro verde del cura se despertaba para llamar al perro gordinflón como cebado perro azteca. Charla desgañitándose, medio soñando con bizcochos robados a la envidia del can. El resonar dorado de la misa cantada terminó por despertar mi duermevela andante de peregrino, y bajo sus oraciones y letanías el ruido de la multitud era como el de las abejas en las márgenes del Tilo. Arriba, los palcos lucían su orgullo y, abajo, el pueblo no veía sino el ascua plata de la Virgen.

Hay un solo día del año en que Las Palmas se vierte en una villa del interior, en que casi se hace ciudad del Continente. Es el día de la fiesta del Pino, en que lleva su solemnidad de fiesta mayor adonde el año no conoce sino la mansa esteva. Aquel día del Pino brillaban los bordados en las bocamangas y en los atalajes; las charangas lanzaron al aire su breve estallido de bandera española y salieron con toda solemnidad la plata, las casillas, los misacantanos y los roquetes transparentes de árbol plisado, con encajes finos, mientras la nave de mármol sentía el alivio de la multitud. En torno al trono había como un nimbo de cílices de oro, pero Ella tenía en la mira la como ansia de ver y tocar pinocha fresca y fruta seca, leñosa de piñones bajo pa-

lios verdes tejidos por agujetas vegetales. Ella era como un ave lira sujeta a una rama de plata repujada.

Y cuando la muchedumbre de viejas y niños, de padres graves, de madres gordas, de mozos con ron y de niñas ácidas como la fruta en abril se extendió por la sombra agradable de los patios interiores, de los cercados, de las carreteras, del monte con castaños, el aire tomó gravedad de vino y de fuegos de fritagas apagados. A la tarde, por las cercanías, quedaba el rastro de las prendas perdidas, de los cacharros rotos, de las abiertas latas de sardinas, de algún plátano podrido, de las sortijas y baratijas compradas entre los cacharros de Artenara en la misma feria. Los tenderetes iban hacia el no ser entre la turbamulta de moscas pesadas..., guitarras levemente rasgueadas, borrachas de cal y canto, y cohetes estallando bajo los amplios laureles de Indias con navajas que brillaban de vez en cuando para cortar el queso requemón. En los jardines caían lirios tronchados, azaleas deslucidas por el sol. Y por último los enormes coches amarillos transportaban viajeros en riadas multitudinarias, por entre una jungla de autos pequeños y sucios.

Es la hora del desaliento, cuando nos sentimos una mota en el sudor ajeno. Aún en esta villa escarlata, azul, verde y morena, con su torre de canela, con presencia de gravedad física, acaba por nacer el aburrimiento.

ANTONIO DE LA NUEZ

